

CONDICIONES CULTURALES Y SOCIALES DE LA CREATIVIDAD Y LA INNOVACIÓN

Por Víctor Pérez Díaz, Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid

Es una de las colaboraciones del libro "El tiempo que llega: Once miradas desde España", editado por la Cátedra "La Caixa".

VIRTUDES Y HORIZONTES.

(...) Sin despreciar la importancia relativa de la política y la economía, lo cierto es que, en realidad, las condiciones culturales tienen bastante peso. Se trata de condiciones que propician en la población hábitos, disposiciones y capacidades, un haz de virtudes intelectuales y morales, un carácter en definitiva, sin el cual aquel desarrollo de los valores de la creatividad y la innovación no es posible, y mucho menos en un largo plazo.

(...) Descendamos a un terreno un poco más concreto. El desarrollo cultural al que me refiero implica el de capacidades entrenadas en el cultivo tanto del know how, los conocimientos tácitos, como el know what, los conocimientos formales y explícitos, porque ambos son necesarios. Esto requiere procesos educativos que desarrollen en las gentes su capacidad de observación y de atención a los detalles, su veracidad y, en general, su respeto por la verdad de las cosas en sí mismas, teniendo en cuenta el efecto del observador y su aparato de medición en los fenómenos que se observan. Conviene, además, fomentar en estas gentes su capacidad para seleccionar los problemas relevantes y enfocar su atención distinguiendo lo principal de lo secundario, con lo que esto supone de ejercitar su capacidad de decisión, de asumir riesgos y de buscar, y no de rehuir, el test de la realidad.

Ahora bien, se necesita un entorno social. Todo aquel conocer de las cosas mismas y aquel saber la manera de cómo manejarlas, ordenarlas y comunicarlas sólo se aprenden a través de la experiencia práctica de vivir en ese entorno. Las virtudes intelectuales y morales se refuerzan mediante las recompensas y las sanciones correspondientes.

Pero obsérvese que estas virtudes intelectuales vienen de la mano de virtudes morales. Las gentes en cuestión tienen que estar acostumbradas, también, a tener convicciones propias (entre otras cosas para hacer suyo un razonamiento), a competir lealmente (comparando con ecuanimidad los razonamientos alternativos) y dar lo mejor de sí mismos (lo que implica decidirse por el razonamiento mejor).

Deben tener la costumbre de una sociabilidad virtuosa que, en este caso, significa cosas tan simples, pero tan fundamentales, como estar dispuestos a intercambiar sus ideas continuamente y sin temor al robo de la propiedad intelectual (suya o de los otros), y, de este modo, a participar en un flujo incesante de comunicación en todas las direcciones, practicando, de paso, la combinación correcta de precisión en las críticas y de generosidad en los elogios. Hubo una época en la que a esto se llamaba grandeza de ánimo, ecuanimidad, benevolencia, incluso caridad, o simplemente justicia.

(...) Y si embargo, parece que, incluso en ese ancho mundo, por todas partes se introduce el espíritu de petitesse, como dicen los franceses, el espíritu de pequeñez. (...)

La esperanza debe estar puesta en cada vez más gente si vivan en lo que perciben como un mundo de horizontes en expansión, y no en unos horizontes reducidos y bienes limitados, a repartir. Esto no basta, sin embargo, si el corazón de las gentes no se amplía conforme se ensancha el horizonte, porque, si el corazón no cambia, cabe llegar a la cima del mundo y seguir propenso a caer en una especie de envidia metafísica. En cambio, una ampliación del horizonte combinada con un poco de trabajo moral puede facilitar la superación de sentimientos de inseguridad y desconfianza de las gentes en sí mismas, así como los de envidia y de deseo de silenciar y obstaculizar al prójimo, y neutralizar las estrategias de borrosidad en la comunicación que acompañan a sentimientos morales, o más bien inmorales, semejantes.

ESPAÑA POR EJEMPLO.

(...) La discusión se orienta casi exclusivamente hacia las cuestiones de voluntad política y dotación económica. Pero sin duda el problema debe ser un poco más complicado, a juzgar por lo que sugieren algunos hechos relevantes.

Los hechos son tres:

1º.- las patentes, y entre éstas las llamadas triádicas, las presentadas en las oficinas de patentes de USA, UE y Japón. Pues bien, España alcanzará el nivel de Alemania dentro de unos cinco siglos. Y para el de Francia sólo necesitaría dos siglos.

2º.- La calidad de la educación superior. No hay una Universidad española entre las 150 primeras..

3º.- dotación de libros de sus bibliotecas. Pues bien, todas las Universidades españolas juntas tenían, hacia finales de los años 90, para un millón y medio de estudiantes, menos libros que dos universidades norteamericanas que reunían poco más de 27.000 estudiantes; las españolas tenían 21,8 millones de libros, y Harvard y Yale, juntas tenían 24,5 millones.

Estos hechos son resistentes a un cambio inmediato que fuera producto de una súbita acción política o un aumento de gasto. En lo fundamental son los que son, grosso modo, desde hace veinte años, durante los cuales España ha estado entre las diez primeras potencias económicas del mundo y ha tenido un estado democrático que ha sido estable y relativamente eficaz.

(...) Lo que los hechos reflejan, más bien, son décadas de escasa atención, escasa ambición, y escaso entendimiento: cuestión de corazón y de cabeza. La inercia y el descuido conciernen tanto a élites como a la ciudadanía en su conjunto, con responsabilidades compartidas entre todas ellas.

¿Podemos imaginar que esto se resolverá con una discusión política, un capítulo presupuestario, una ley, el nombramiento de ministros y consejeros, un discurso solemne, una campaña de prensa, una escena de alta sociedad? ¿Podemos creer que esta convergencia, este consenso tácito, de inercias y desatenciones sea otra cosa que, sobre todo, un problema de condiciones culturales y sociales cuyas causas están enraizadas en un largo pasado anterior y cuyos efectos se prolongan y se prolongarán en el largo plazo hacia delante?

(Resumen realizado por Francisco Segrelles.)